

con más interés y edificación, siguiendo, como simpatía, un coro de suspiros, de sollozos, de lágrimas y de gritos; después la agitación de los cuerpos, el sacudirse y moverse, por causa de un espiritual arrepentimiento, precisamente como los comisarios de las Cévenas y los jansenistas en la tumba del diácono París.

La mayor parte de las veces, no presentándose hermanos ni hermanas á edificar a la junta con el buen ejemplo de su mala vida anterior, la común conversión empezaba tanto más suave, cuanto mas podía llegar la santa "violencia fuerte y poderosa con que se arrebatara el reino de los cielos." He aquí las vías del corazón en el *revival* metodista. Ante todo, en el círculo de los oyentes más expuestos á las influencias del predicador, se siente un principio del aura del Espíritu Santo, que se insinúa débilmente, despertando apenas aquí ó allá algún ay doloroso. Sin duda la intensidad del Espíritu Santo crece dentro de poco. A los gemidos sofocados siguen las lamentaciones, reforzadas con sollozos y gritos espasmódicos; las primeras escasas gotas de llanto, pendientes de los bellos ojos de una *miss* enternecida, son secundadas por las lágrimas copiosas de los circunstantes, cayen-

do en breve una lluvia que produce por todas partes torrente de contrición en ínterin otros *gritan*, más bien llaman á Dios con toda la fuerza de sus pulmones; cantan, vociferan, hacen estrépito, y ruegan hasta desgañitarse. Otros *clevan las manos puras á Dios*, baten palmas, golpean con los pies y se hieren todas las partes del cuerpo.

Los verdaderos *jumpers* hacen estas evoluciones espirituales, sin nunca concluir de saltar y bailar, por exigirlo así la sustancia y el nombre de su secta. No se dan tregua ni descanso; tienen encima el baile de San Vito, y han de bailar, si bien después derepente se paran como petrificados, en las actitudes más extrañas é inimaginables, según los enclava el Espíritu Santo metodista. Unas de estas estátuas sorantes se ven con el pie levantado, otras con la cabeza pendiente sobre la espalda en arco, y otras con la boca que besa una rodilla. Así los fervientes saltadores adoran á Dios, impetran misericordia, lamentan sus pecados con sordos y dolorosos mugidos. Si un nuevo espíritu les toca, vuelven en sí en un abrir y cerrar de ojos; se recobran, brincan, saltan, se golpean recíprocamente, se empujan y se cojen, hasta que caen con la

boca en el suelo, supinos, ó agitando en el aire las plantas de sus piés:

Estos son dones vulgares y ordinarios del Espíritu Santo: si llueve con efusión perfecta (no es raro,) apenas ha concluido la sagrada *commination*, corre un rumor universal, ó un aullido profundo, que indica la abundancia del cielo. Entónces los "jumpers" vacilan, se mueven y se balancean, parece que la tierra oscila y la multitud ondea como un campo de espigas bajo la tempestad. Es la embriaguez (dicen) de los Apóstoles en el Cenáculo. Sigue un movimiento de brazos que hacen el molinete, ó paradas de luchadores, ó nuevas gesticulaciones y esfuerzos de poseidos. Hermanos y hermanas se ponen á luchar, como Jacob y el ángel que se le apareció; se mueven, dan de brincos y hacen cabriolas, siguiendo bailes, danzas y pantomimas vertiginosas hasta caer por último en convulsiones frenéticas y contorsiones indescribibles. Sólo el espíritu impera. y calla cualquier sentimiento humano. En el vértigo de la Resurrección siguen escenas de movimiento monstruosos; se arrojan torpemente al suelo desnudos y desgredados mesándose los cabellos y esparciendo tierra sobre su cabeza en señal de penitencia;

aráñanse la cara (las mujeres con discreción,) se revuelcan por el heno, se deslizan como gusanos, andan á gatas, se huellan, se dan puntapiés, mueven sus piernas, corren en círculo y se agitan como serpientes heridas, dejando escapar débiles lamentos ó rugidos de dolor. ¡Tanto puede el arrepentimiento!

Dura el oficio religioso, ó, mejor dicho, la orgía obscena y frenética mientras el espíritu sigue agitando á los convertidos. A veces los devotos metodistas pasan días y noches enteras alborotando y haciendo diabluras de energúmenos. Poco despues los periodistas (que de propósito enviaron representantes á la fiesta) dan los pormenores del *revival*, con la misma seguridad con que los católicos cuentan los detalles de una misión fructuosa. Sé compendia el discurso del ministro presidente, se consigna el número de los que acudieron, y se menciona la proporción de los hombres y de las mujeres, elogiándose los adornos de las señoras. "El *revival* salió brillantísimo. No hubo que deplorar ningún desórden, á excepci6n de un pobre *gentleman* que dió por la tarde señales de enagenaci6n y fué hospedado en la más próxima casa de Orates. Mistress Tal se desmayó: pero so-

corrida solícitamente, recobró el uso de los sentidos. A dos señoritas de las más hermosas que honraron el "revival"; por su grande cansancio, hubo que conducir las á sus casas en brazos de hermanos.

Los malignos corresponsales de mistress Needle, bien retribuidos al efecto, habían corroborado estas narraciones con paquetes de periódicos del país, en los cuales las empresas *metodistas* del reverendo Bird y de su mujer eran descritas con todos sus pelos y señales, como también las de otros designados con sus nombres. Las fechas de los diarios las convertían en documentos irrefragables. El cura Star, á quien los pasaba la Needle, no era perezoso en difundirlos. Nada es tan atractivo para el vulgo como un escándalo extravagante. En breve no quedó familia en Parque verde que no hubiera leído y saboreado el atroz proceso, debido á la industria de la potente dama. Pronto no hubo en el pueblo padre de familia ni marido que no hubiese vedado con severidad á sus mujeres ir á la capilla del saltinbanquis *ex-agapemonita* y *ex-metodista*.

Este y su dulce mitad llegaron á ser la fábula del país, no quedándoles más defensores que un grupo de jóvenes ruines,

que sostenían con tanto más gusto al ministro independiente, cuanto más conocían que estaba loco de remate. Para ellos hubiera sido un triunfo implantar en su país algo de metodismo como en América. Previendo el fracaso inminente del ritualismo, se pusieron en torno del reverendo Bird, proponiéndole que volviera la casaca y desplegara en adelante resueltamente la bandera de Wesley ó de Whitefield; ofrecían ser los fundamentos de la flamante iglesia, como sacudidores; ladradores ó saltadores, á condición sólo de prometerseles un "revival" cada mes.

Más Bird, como empresario excelente, comprendió que no podría sostener el papel de ministro metodista inmediatamente en el mismo lugar donde había ensalzado el ritualismo y casi el semi-papismo. Para mucho mejor persuadirle de que no debía entrar en el nuevo embrollo, se agregó el censejo de los de la fábrica. Al ver que su maudatario humillábase mucho ante la tempestad desencadenada, y sobre todo que el concurso á la capilla disminuía de un modo visible, que las colectas eran menores, y que no se renovaban los alquileres de las sillas y de los bancos, comprendieron que los frutos del capital empeñado en la

empresa se habían desvanecido para siempre, y que, para obrar como personas serias, debían proveer á la bolsa vieja más que á la religión nueva, salvando lo que pudieran de la suma empleada, vendiendo el edificio. En virtud del mal resultado, presentó Bird su dimisión, tomó las de Villadiego, y fuese por la noche como un perro azotado, juzgándose venturoso de que los acreedores no le llamasen á un tribunal. Al otro día, la capilla independiente sacóse á pública subasta.

En este paso esperaba mistress Needle á los rebeldes, desde que previó la ruina de la iglesia "birdesca", dispuso que un "clergyman" de la Baja iglesia se presentase á comprar la capilla, y que, bajo el pretexto de intentar una mejor edición de la iglesia independiente, cogiese la presa. Fué diestro, y ultimó el contrato, firmándose aquel mismo día escritura de venta á Needle, que dióle la suma satisfecha, y además un generoso regalo como propina. La maquinación salió luego con tal felicidad, que Bird predicó un domingo, y al siguiente las llaves de la capilla estaban en poder de la señora.

Es inútil decir que en el castillo hubo fiesta y se celebró la victoria: mistress Need-

le y su cura tocaban al cielo con las manos. Según miss Mary, debía darse un escarmiento y hacerse una hoguera de la capilla con todos los objetos papales que contuviese.—Esto, decía, hizo el rey Joas con el templo de Baal.—Empero mistress Needle no quería una venganza ruidosa: el reverendo Star aconsejaba lo mismo que su patrona, corroborando sus frases, diciendo que no debían aún exasperar á los parroquianos pervertidos, sino atraerlos al buen sendero de un modo dulce. John, con el ascendiente que le daba la mayor edad próxima, habló claro y firme:—No apruebo estas fanfarronadas; es mejor que se alquile para un almacén.—Mientras el debate se sostenía en plena conversación, Julia exclamaba en sus adentros:—Sería un local excelente para una capilla católica, ¡podríase disponer con una suma insignificante! Pagaría yo con gusto el alquiler, llamando algunas veces é un sacerdote de Newcastle, á fin de acudir yo, Kelerina y los católicos de la comarca. . . . Pero. . . . —En fin, aceptóse la propuesta de John, y la capilla no sufrió la suerte del templo de Baal.

Las demás conversaciones rodaban, celebrándose la victoria y escarneciéndose á

los vencidos. Describíase a Bird vuelto al Agapemon del brazo con su hija de la Resurrección, ó bien navegando de nuevo hacia América, con el fin de llevar allí sus *constantas convicciones*, y publicar nuevos "revivals" de metodistas saltantes; la mistress Bird, caída de confesora, era una simple "barkeresa" iba á gatas y maullaba á su marido. Hastiada Julia de tales simplezas, que no creía muy decentes delante de las niñas acabó diciendo: — Sostengo que los ministros metodistas "jumpers," los "barkers," los "jerkers" y los restantes son, despnes de todo, lógicos, lo mismo que el más ritualista "archidiácono" de Oxford, ó el más puritano arzobispo de York.

— ¡Qué exageración! gritaron de todas partes. ¡Qué paradoja!

Julia se alegró de haber desviado la conversación, que por entonces no pasó adelante. Mistress Needle pensaba ya en las fiestas de la mayor edad de su John. Libre del afán que le causára la capilla independiente, poco se curaba de inquirir si Julia sabría ó no defender su paradoja.

LXV.

LA MAYOR EDAD.

La victoria campal y definitiva contra la rebelión extranjera no llevó tregua de ningún género á la lucha civil que abiertamente ardía en casa de la Needle. No podía la señora ¡infeliz victoriosa! negar lo que le contaban incesantemente sus ojos, á saber: que la actitud de John ponía en evidencia que sólo conservaba de anglicano un sutil velo exterior, á través del cual aparecía el corazón católico, ó á lo menos puseista excesivo. La paz, por consiguiante, heía del espíritu de la mujer angustiada. En vano veía su templo rehaciéndose algo con los despojos de la capilla inde-